

La miseria no es el azote de Dios, sino su olvido.

Sentir un hombre que *pierde la moral*, es sentir que se le escapa el último dedo de la mano divina que lo suspendía.

Es el empellon mas grosero que puede darse al noble, al grande espíritu.

El hombre que no se resuelve á devorar lo grande, tiene que resolverse á ser devorado por lo pequeño.

Seguramente Job y Salomon jamás hubieran llegado á una grande amistad.....

Si Piedad, ajena á toda influencia, de una manera libre, espontánea y expedita, hubiera dicho á Antonio un «no» redondo y franco, Antonio hubiera respetado *sin chistar* la resolución de la muchacha.

Pero *¡callarse la boca!*.....

¡Ah! ¡Esto era horroroso!

¡Ni aun el valor desgraciado concedía aquella mujer á su amante!

¡Cuánto se humillaba sola!

Todo era contrastes.

Si alguien hubiese en aquellos dias escrito la historia íntima de las ideas y de los pensamientos de Antonio, hubiera resultado un volúmen ilegible, aunque digno por cierto de este título:

«Querellas de un rey de la creacion.»

LXLV.

Máximo se había guardado en el bolsillo la carta de D. Martin que Antonio le presentara.

«Veremos qué puede hacerse,» habían sido sus últimas palabras.

Esto es, había empleado las que suele emplear un ministro ó cosa parecida, con cualquier pobre diablo de pretendiente á obtener empleos y cargos públicos, previos los consabidos requisitos de rehabilitacion en los derechos de ciudadano, y rehabilitacion muy especial para obtener los susodichos cargos y empleos.

LXLVI.

Las tardes eran serenas y apacibles.

Se veía no obstante el horizonte, cerca de la hora del crepúsculo, recubierto de una ancha zona de luz roja, semejanado la vergüenza en la frente de un hombre.

Antonio y Máximo salían á pasear por el barrio de San Cosme.

El primero pensando en sus cuitas.

El segundo en sus negocios.

Ahora, los céfiros al pasar por los oídos de Antonio, profesaban un continuo *¡Pst!* desdeñoso hasta el extremo.

Todo humillaba al pobre enamorado.

Ahora, solamente al articular de una manera puramente mental la palabra *amôr*, reía á carcajadas del amor y de sí mismo.

Se despertó dentro de su alma una sombría veneracion hácia Máximo.

—¡Es un hombre! —murmuraba, con no sabemos qué humillante estupefaccion.

¿En poder de quién vendrá á parar Piedad?.....

Y á este pensamiento dejó caer la cara sobre un brazo y se puso á llorar amargamente.

La había amado tanto y la amaba aún tan de veras, que la veía perdida para siempre.

Si menos la hubiese amado, hubiera sido en aquellos momentos un poco menos resuelto.

Pero la respetó y la hizo los honores hasta lo último.

En aquellos días sus amigos solian preguntarle:

—¿Qué sucede con Piedad?.....

—¿Con Piedad?—preguntaba él afectando cierta sorpresa.

—..... ¡Nada! ¡absolutamente nada!..... Jamás hubo nada entre nosotros..... ¿Qué caso me hubiera hecho ella á mí?

La familia de la jóven aseguraba lo mismo á todo el mundo siempre que para ello se presentaba una oportunidad.

Pasaron algunos días y Máximo no habia vuelto á hablarle una sola palabra sobre el particular.

Los paseos á San Cosme continuaban sin interrupcion todas las tardes.

Solia Antonio entretenerse en cortar flores.

Pero despues recordaba que no tenia adonde llevarlas ni á quien ofrecerlas.

Volvia en sí, con las lágrimas en los ojos, y arrojaba aquellas flores.

Le parecian un sarcasmo.

En su bolsillo casi se operaba el vacío.

Unas cuantas monedas viejas se arrinconaban allí decorosamente sin resolverse á salir, como quien no quiere presentarse en público *por sus fachas*.

Su humillacion era profunda.

Sentia que bajaba precipitadamente á frotarse con el *putredo et vermis* de la sepultura.

Aquella alma, que poco antes era un manso y límpido arroyo, iba ahora convirtiéndose á gran prisa en una especie de charco sucio y cenagoso.

Daban ganas de saludarlo con aquellas palabras tan comu-

nes de nuestros cuentos populares de duendes y aparecidos: *De parte de Dios te digo que me digas quién eres.....*

Antonio era un fantasma.

Nada mas.

La momificacion era una consecuencia necesaria.

Empezó á momificarse.

Parecia que con las ilusiones de aquella alma se evadian la savia y el vigor del cuerpo.

Su amigo Máximo le tomaba el pulso á menudo.

Esto es, tomaba el pulso al enfermo moral de una presunta ineptitud para la *acquisividad*, como dicen los frenólogos.

Sufria, sufría de un modo inaudito, no hallando medio de vengarse como lo hubiera deseado.

Con acciones generosas.

Ni estaba en tal terreno, ni hubiera sido comprendido.

No faltó quien, sospechando lo que le habia pasado, murmurase un

—¡Pobre!.....

Que lo exasperaba poniéndolo casi fuera de sí.

Máximo, sin cesar le decia *en su cara*:

¡Bruto! ¡animal!.....

Y estas palabras herian menos á Máximo que el *pobre!* dicho con disimulo y como al pasar.

Llegó durante algunos minutos á perder hasta la idea de qué era *eso* que en el mundo se llama:

«Gente decente.»

Y su camisa fué camisa sucia, y sus modales fueron modales casi de gente ordinaria.

Mas sucia veia la cara de todo el mundo; pero no hallaba cómo escupirla.

Le parecia en extremo degradante tratar al mundo, como quien dice, *de potencia á potencia*.

Empezó á tratarlo *así no mas*,
Discurría de noche y á las horas mas altas, por los suburbios de México, en busca de recintos que cumpliesen con no sé qué condiciones caprichosas de aislamiento y libertad.

Se le veía deslizar como una sombra cuando se desvia una luz, en los *cafetines* mas apartados y menos frecuentados por la sociedad *decente*.

Allí apuraba enormes dosis de café.

Fumaba muchos cigarros.

Escribía...

¡Lloraba!

Ya no se creía hombre, sino que á solas se llamaba un *detritus* social.

Muy á menudo se le hubiera podido hallar entre una y tres de la mañana en un *cafetin de por* la calle del *Niño Perdido*.

Allí daba una gratificación, una especie de exagerada propina, porque se le sirviera café y cigarros toda la noche.

A la luz de un planeta de *petróleo* escribía, fumaba y lloraba hasta *el amanecer*.

Era una gran sala desmantelada y sucia, en donde durante el día entraba el pueblo bajo á devorar *enchiladas* y á embriagarse con *pulque*.

De noche solo Antonio entraba, y se le servía con una exactitud asombrosa.

Es que pagaba *bien*, no obstante hallarse *mal*.

El sereno le conocía.

El gobierno del Distrito, como ahora se le llama, y que entonces se le llamaba de otra manera, tenía noticia de él como de un maniático.

No hacia caso de sus manías y le dejaba.

Y realmente, esto se llama en un sentido demasiado vulgar «volverse loco.»

No sabemos qué extrañas llamas subían de aquel corazón, convertido, bajo el soplo de un oculto despecho, en una especie de hornillo de aquella siniestra locomotora que volaba precipitándose al mal.

El porvenir y la felicidad se le habían convertido repentinamente en nubes de humo, y se le iban.

Clasificaba las cosas así:

«Lo que cuesta mas, lo que cuesta menos.»

Aquella alma habia sido sorprendida por el destino en el flagrante delito de vagancia, y aprehendida y encerrada en aquel cuerpo, se le condenó á permanecer incomunicada allí.

LXLVII.

Un día, al caer la tarde, en uno de tantos paseos por San Cosme, ambos amigos, silenciosos y al parecer en calma, se detuvieron cerca de la casita habitada por Eugenia.

¡Oh! ¡cuán hermosa estaba la tarde!

El calor del día habia sido sofocante; pero á *esto* de las cinco el sol se anubló y empezó á caer una lluvia menuda pero refrescante y extremadamente agradable.

Todo lo que vive y se oculta del rigor de las estaciones entre las malezas, entre los árboles y entre las quebras de las rocas, sale en semejantes casos á disfrutar de las caricias que conceden estas treguas de la naturaleza.

Aquel baño habia sido una especie de *tónico* para todo, y todo respiraba fuerza, energía, frescura y belleza.

Todas las rosas sonreían húmedas, como las leves bocas de cien beldades en el baño.

Los árboles parecían sacudirse, arrojando por todas partes puñados de brillantes.

Suele la naturaleza empeñarse en formar singulares contrastes con el hombre, y concurrir llena de joyas al espectáculo de la agonía del individuo.

Antonio sentía el corazón en ese estado que pudiera bien llamarse la atrofia moral.

La imaginación de aquel hombre había llegado á un extremo de excitación verdaderamente alarmante.

Creía que aquella lluvia eran las lágrimas de todo por su nada.

Y se impacientaba por no poder descubrir quién lloraba desde arriba juntamente con él.

Si hubiera podido desesperarse, se desespera.

Pero en verdad que no sabremos asegurar si Antonio había llegado á habituarse á esperar todo de nada, ó nada de todo.

Este caso suele acontecer mil veces á los hombres que tienen la sandez de pensar todo de todo.

El embrollo de circunstancias morales y materiales que formaban el fondo de la vida de Antonio, le tenían constituido, muy á menudo, en la personificación de los más siniestros retruécanos.

Era una obra rara, escrita en cierta especie de sanscrito que nadie comprendía.

Piedad y D. Martín se habían aventurado á entreabirla, y hallando solo *jerga*, arrojaron el libro con desprecio.

Pronto salió la luna.

La luna, este peso fuerte tirado al acaso, que promete un mas allá y que no acaba de caer.

La luna, esta vieja instable, que es á veces una nave de plata naufraga en las ondas del mar del cielo, á veces una faz melancólica llena de palidez y de niebla, á veces la cuchilla que abre el tenue crespon de una nube.

Antonio vió para arriba, y vió que la luna brotaba entre las delicadas gazas del firmamento.

Le pareció que del vacío había saltado no sé qué manó invisible para encender en el vacío no sé qué tea de esperanza.

El astro alumbró al mundo y alumbró á Antonio.

Sintió algo menos en el corazón y algo más en el alma.

Suspiró.....

¡No! ¡no suspiró!

Arrojó ese raudal de respiración del hombre que se siente aliviado de una gravedad cualquiera y descansa.

—¡Qué linda es Eugenia!—murmuró.

Iba con Máximo, según lo habrán sabido ó comprendido nuestros lectores.

Máximo, al oír aquellas palabras, se volvió brusca y repentinamente á observar á su amigo con extrañeza.

Creía que empezaba á volverse loco.

—¿Qué lindo es qué?—le preguntó casi parándose.

—Nada.

—Y ¿cuándo te empleas en algo?

—¡Hum!.....

—Porque así no puedes seguir viviendo.

—Cabal.....

—¿En qué piensas que no me atiendes?

—¡Qué sé yo!..... en tonteras.

—Pues no pienses en tonteras: piensa en algo útil.

—Pero ¿en qué?

Es verdad. *En nada.*

Y después dijo Máximo una palabra muy poco castiza, y sobre todo, muy poco decente;

Casi una insolencia.

Habían pasado con mucho la garita, y regresaban.

Por todas partes había muchachas asomadas á sus venta-

nas y siendo objeto de las caricias del viento fresco y de las ardientes miradas de uno que otro transeunte.

Repentinamente Máximo y Antonio oyeron una música particular.

Era la armonía de un piano y de un violín tocados en la sala de una de las casas del lado derecho.

Máximo y Antonio volvieron instintivamente la cabeza á la ventana por donde brotaba aquella armonía.

—Oye! Es magnífico—dijo el segundo.

—Es bonito—dijo simplemente Máximo.

Y ambos se detuvieron á pocos pasos de allí.

La ventana estaba abierta y la sala iluminada.

Se veían pasar por dentro varias parejas.

Graciosas sombras de mujeres vestidas de diversos colores, y raquícas formas de hombres bajo sus estrechas levitas, deslizándose todos abrazados al compás de una *polka mazourka*.

La música tocaba *Un sueño de amor*.

Aquel espectáculo nada tenía, si se quiere, de particular.

Para Antonio fué ardiente y terrible.

—He visto una pierna no mala—dijo Máximo sin separar la vista de la ventana.

Máximo era positivista y grosero en todo.

—«¡Un sueño de amor!»—balbutió Antonio, hondamente impresionado por aquellas armonías, aquellas mujeres y aquel baile.

La *polka mazourka* de Martinez está impregnada de una insinuante, seria y voluptuosa elegancia, y Antonio pensó en Piedad, despues se acordó de Eugenia, y á tales recuerdos, y á tal música, y á tal espectáculo, se mortificó, porque estaba de nuevo *impresentable*.

—Vámonos de aquí!—dijo tirando á su amigo por la solapa de la levita.

—Espera! mira, la dueña de la pierna de marras es un poco mejor que su pierna... es la que va ahora con Pepe, zangoloteándose casi en medio de la sala.

—Vámonos de aquí!—repitió Antonio con voz angustiada.

—Vámonos!—contestó Máximo, y siguió azechando sin moverse.

Repentinamente y por entre los árboles se deslizaron hasta la ventana algunos rayos lunares.

Parecía que acababan de colgar sobre aquel enrejado un tenue cortinaje de crespones color de ópalo.

A ese tiempo se presentaron dos seductores fantasmas blancos.

Aparecieron en la ventana dos muchachas.

Ellos, no obstante haberse retirado precipitadamente para hacer mayor la distancia, fueron vistos por ellas.

Era ciertamente aquello muy poca cosa para que las jóvenes se alarmasen.

El calor era excesivo, por otra parte, y continuaron en la ventana, sin dárseles lo mas mínimo de aquellos *parados* que sin duda las veían.

Nuestros jóvenes, consultando un tanto de disimulo, esperaron una oportunidad cualquiera para evadirse de allí con cierta naturalidad.

Se quedaron á corta distancia, medio ocultos por un árbol.

Antonio se evadió laboriosamente de la visión puramente imaginaria de su amor frustrado, y penetró de una manera insensible hasta una verdad no color de oro, pero sí color de rosa.

Esto es, detrás de sus ojillos miopes halló á Piedad en el bailecito de Eugenia.

—¿A Piedad?—me direis.

—Sí—os responderé.

A Piedad, íntima amiga, no sabemos cómo, de aquella especie de sílfide andaluza que se llamaba Eugenia.

Seremos sinceros. A Piedad, que habia amado á Eugenia por bella, por humana, por franca.

¡Piedad cerca de Eugenia!

¡La que cantaba junto á la que bailaba!.....

¡Lo que el mundo llama sinceridad, dando la mano á lo que llama el mundo sensatez!.....

¡Dos amadas de un mismo amante!.....

Si no hubiera sido aquello cierto, tampoco lo hubiera sido que hay historias que parecen novelas, y que hay novelas que parecen historias.

¡Pobres muchachas!

La una, comprendia que amaba á Antonio.

La otra, que le habia amado.....

Eran dos premisas.

Desde luego se deducia para Antonio, que las miraba como un antecedente difícil, esto:

Luego ambas.....

O bien:

Luego ninguna.

Pero raciocinando de una manera detenida, reflexiva y bajo la influencia de la inflexible lógica de *las cosas*, añadía, deduciendo con mayor exactitud, hasta donde la exactitud fuese posible en aquella *cabeza-turbion*:

—Luego á Eugenia.....

¡Sí, pues que Eugenia le amaría sin dinero, sin posición, sin esperanzas *casi*.

Y Antonio, puede decirse, casi no habia cesado de soñar

A Eugenia.....

¡Sí, pues que Eugenia virgen, espiritual y hermosa, habia hallado el medio de hacer ver á Antonio su lindo pié, recubierto bajo una epidermis de seda rosada y otra epidermis deraso negro.

Una *roseta* muy semejante á una mariposa, se habia adhe-

rido á cada uno de aquellos piés.—Aquello era necesariamente irresistible.

Aquellos piececitos y aquellas piernas, redondas pero ligeras, suaves, perfumadas y color de rosa, pertenecian á una muchacha decente.

Antonio habia visto aquel *todo* divino á la luz de la luna.

Todo lo habia comprendido en *un abrir y cerrar de ojos*.

Aquellos lindísimos piés de bailarina española, de princesa de cuento; aquellos piés delicados, leves, estrechos y suaves, verdaderamente cabalísticos, como si pertenecieran á una ninfa ó á un sueño, fueron la última expresion de las fluctuantes resoluciones de Antonio.

En las ventanas de Eugenia habia flores.

Entre aquellas flores habia claveles,

Esa flor masculina y enamorada que guarda siempre la púrpura y el perfume de los labios y de los piés de las jóvenes que pasan por los jardines.....

¡Sí; porque cuando pasa una mujer por un verjel, los enamorados claveles dilatan su cuello verde y van á devorar á besos á la mujer.

Cuando á una muchacha le falta un amante, jamás llega á faltarle una flor.

Y así tambien cuando á un hombre llega á faltarle un amor, nunca llega á carecer de una rosa.

Queda para los viejos, propiamente dichos, la sustitucion forzosa de la rosa por el rosario.

El cielo habia ido cubriéndose de una nublazon clarooscura, desbaratada y hecha girones por todas partes.

El firmamento andaba esa noche en el mayor despilfarro, y estaba bien y muy bello.

A cada rato se ocultaba la luna tras cándidos copos de nubes como espuma.